



Coyhaiqueer

Ivonne Coñuecar

Coyhaique, Región de Aysén, Ñire Negro Ediciones, 2018, 139 páginas

Coyhaiqueer

Ivonne Coñuecar

Coyhaique, Aysén Region: Ñire Negro Editions, 2018, 139 pages

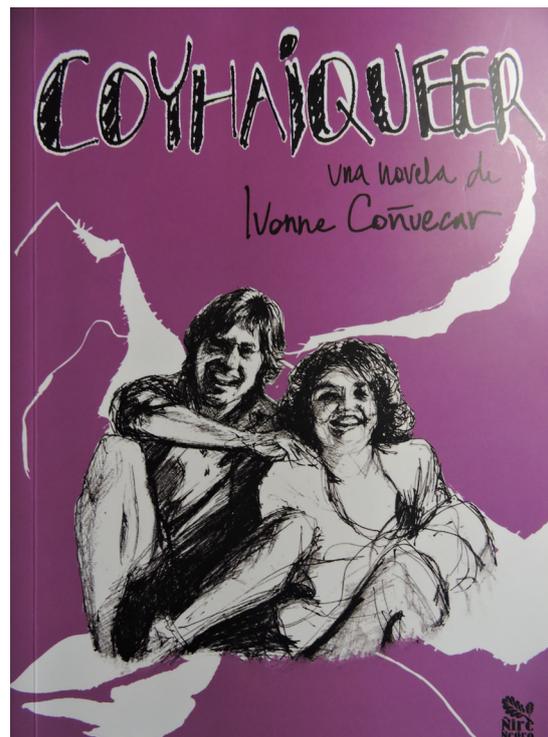
*Vania Mamani Quispe**

Recibido: 01/06/2020 | Aceptado: 30/06/2020

C*oyhaiqueer*, primera novela de Ivonne Coñuecar (Coyhaique, 1980), construye desde su título la articulación entre el territorio donde se desentrañan los principales acontecimientos de la trama, el pueblo de Coyhaique y el eje vital del relato: la homosexualidad situada en el vocablo queer. Así, el título nos muestra de forma sugerente cómo el discurso del territorio es una de las claves para entender y situar el tránsito de Elena, Jota, Mateo y Óscar, quienes además comparten un vínculo estrecho desde la homosexualidad.

Esta obra se divide en trece capítulos narrativos y un capítulo adicional que recopila las melodías que atraviesan el texto.

El pueblo, ubicado en la Patagonia, exactamente en la región de Aysén en Chile, se muestra no solo como un espacio geográfico que acoge la historia de Elena, Jota y sus amigos, sino que se desarrolla



como un hábitat autodestructivo en la década de los noventa. La perversión de las ideas modernas se relaciona directamente con la distancia que mantiene este lugar

* Perú. Bachiller en Literatura. Investigadora del Grupo de Investigación de Estudios Andinos de Interculturalidad: quechua y aymara (ESANDINO), Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima, vania.mamani@unmsm.edu.pe

frente al núcleo del país; la desconexión, la lejanía y el “vivir escondidos” son cauces primordiales para la creación de un nuevo ambiente: Coyhaiqueer.

Elena, hija adolescente de una familia de clase media, comienza esta exploración al lado de personajes con historias disímiles, que encuentran un nexo en la sensación de no pertenencia al territorio y a la cotidianidad que emana Coyhaique; Jota, su amigo entrañable, acompañará su recorrido en esta novela impregnada de matices de modernidad, erotismo y violencia.

La modernidad, enlazada con la música y la psicodelia, la experimentación sexual de cada uno de los protagonistas, el desenfreno y los límites inexistentes en este nuevo espacio, propio y creado para existir, producen que el rechazo y la invisibilización sean objeto de supervivencia. Las múltiples referencias a canciones de los ochenta, las cuales traducen emociones que solo pueden ser explicadas a partir de melodías con desenfreno, posibilitan que el texto sea más heterogéneo desde el punto de vista formal. La escritura, el piano y el código morse también se unen a esta travesía que funda la modernidad traída por Jota, mediante sus ropas o su música en el terreno fértil de Coyhaiqueer.

A lo largo de los diferentes capítulos, el erotismo y la censura son empleados como recursos formativos para la identidad que se muestra confusa, dudosa y con múltiples perfiles. Las certezas en este pueblo, dibujado por el silencio y la muerte, son necesarias, pero no suficientes para sentirse parte de algo, para dejar de escapar. El laboratorio voyerista emprendido por Elena suscita otra de las vertientes eróticas junto a sus amigos, dejando huella, desapareciendo entre los años de la dictadura, desde la zona de un Chile que no es el mismo para todos. La

estructuración sexual identitaria de estos personajes *queer*, distraídos, diferentes, se descarga sobre un lienzo que se puede pintar de colores, gustos y distintas orientaciones.

La violencia inhabitable de Coyhaiqueer, presentada por la autora desde todas sus formas, directas e indirectas, aquellas que guardan silencio, las que esperan partir, es representada con una libertad contradictoria e indispensable. La historia de Mateo y Óscar enfrentando a la violencia en un entorno familiar y social a partir de la vida castrense marca un hito importante dentro de la novela, provoca un eco de la dictadura y genera una nueva forma de rechazo desde la célula familiar. La evidencia en el texto es sinónimo de condena: “pueblo chico, infierno grande”; todos saben, juzgan y violentan. Las imágenes de Óscar golpeado —debido a su diferencia— por sus compañeros y su padre se mezclan entre la música, sus trajes extravagantes y el descubrimiento de nuevas sensaciones.

El silencio al que estaban sometidos es un reflejo de la homosexualidad que no es comprendida en el lenguaje cotidiano, que debe buscar otras vertientes, otras formas de expresión: “[...] se quedaban en silencio, esperando a que yo dijera algo, pero los miraba del mismo modo que ellos a mí, después de todo es fácil parecerse a cualquiera y jugar a no saber”. Las infinitas traducciones que interactúan en el campo de lo que no debe decirse, esta cancelación del verbo, nutren el espacio del Coyhaiqueer: desde muchos códigos, desde muchas sustancias, el mutismo explota y se relativiza en el escenario planteado por la autora.

El silencio, la violencia, la desconexión, el fracaso y la enfermedad en el relato de Coñuecar terminan en la edificación suprema de la muerte, que

ronda en todas las esquinas, entre los amigos y entre los muy amigos, a medida que se desarrolla la trama. Las pérdidas constantes son modeladas como una conclusión natural, pues la Patagonia empuja, invita: el suicidio está en todas partes, latente entre los que viven y caminan junto al grupo de Elena. En Coyhaiqueer, la muerte ocasiona un terrible abandono en los deudos a quienes se hiere a profundamente; los diferentes espacios donde transitan la melancolía, el silencio y la enfermedad son formulados como pequeñas esferas interconectadas por un hilo común: la indiferencia y el rechazo, además de la desigualdad.

Es importante reconocer que los temas atravesados por la muerte en esta novela confluyen con un carácter disímil dentro de los parámetros formales de la escritura, acogiendo una escritura que revela su cimiento *queer*. El hirviente rompecabezas que nos plantea Ivonne Coñuecar en este libro da pie a diversas lecturas y enfoques que son necesarios para comprender y reforzar los estudios de género, memoria y autoficción.